

El destierro de Babilonia, una espiritualidad para tiempos de crisis

Luis M^a. Guerra Suárez

Como sabemos por la historia de Israel, el destierro del pueblo Bíblico a Babilonia por manos del Imperio de Nabucodonosor se produjo en el 587 a.C. Y duró hasta el 534 a.Cristo aproximadamente.

Fue y ha sido de las experiencias más amargas y dramáticas de la historia de Israel. El exilio a Babilonia fue como el bing-bang del pueblo bíblico, una explosión de sus propios cimientos. Israel como pueblo, como nación, como religión, como estructura social y política queda absolutamente aniquilada. Un pueblo pobre desahuciado, dependiente y desgarrado. A partir de ahora, tanto en la experiencia veterotestamentaria como en la experiencia neotestamentaria, Babilonia será el símbolo de la esclavitud, opresión y deportación. Si tuviéramos que elegir un slogan para resumir desde el mismo pueblo dicha experiencia, el slogan sería: lo hemos perdido todo.

Me gustaría que a partir de la experiencia de Israel en el exilio, que duró cerca de cuarenta años, teniendo presente las claves creyentes que le ayudaron a vivir y a sobrevivir como nación elegida y consagrada, esas mismas claves puedan iluminarnos a nuestra época de crisis y de desconcierto.

Por tanto, veamos siete elementos que ayudaron a vivir a Israel como nación escogida por Dios a pesar de la crisis profunda que vivió, y que puedan iluminar nuestra época.

1. Es el momento de las grandes preguntas. Las crisis son épocas de preguntas y de interrogantes. Y es en las épocas de crisis cuando uno tiene que detectar con lucidez cuáles son las preguntas pendientes que exigen respuestas

responsables. Una pregunta no respondida hoy es un cadáver de mañana. Israel debe enfrentarse a cuestiones que hasta el presente no se ha planteado nunca, porque nunca se ha visto comunidad cristiana a pesar de semejante situación. Y no son interrogantes simples sino elementos transversales y esenciales de su existencia. Además, las respuestas quedan cortas, teniendo presente la experiencia actual, ante las cuestiones apremiantes a las que debe responder como creyente.

Preguntas como estas: ¿Yahveh nos habrá abandonado para siempre? ¿por qué Dios no ha salido a favor nuestro? ¿ya no alcanzaremos misericordia ante sus ojos? ¿habrá elegido Yahveh a otros pueblos más importantes que nosotros? ¿habrá otros dioses que nos ofrezcan más seguridad? ¿será nuestro Dios menos potente que el de otros pueblos? ¿dónde ofrecer sacrificios de comunión ahora que no tenemos ni templo, ni ara, ni altar, ni sacerdotes, ni profetas? ¿los dioses de Babilonia serán más cercanos que nuestro Dios?

3. *La esperanza es la última palabra de esta encrucijada.* Al final del camino del exilio ¿qué queda? Es la misma tradición bíblica la que nos ofrece su horizonte de esperanza. La historia no termina volviendo a repetir el caos sino nadando en la abundancia de la paz. Los dos textos con los que termina la historia deuteronomista y la historia cronista son dos textos de profunda esperanza.

Es decir, los dos textos con los que concluye Israel su relato sobre el exilio, son palabras de futuro y tienen sabor a mañana. Leamos cada uno de ellos, el primero es del 2 libro de los Reyes 25, 27ss, dice así: “Cuando Jeconías, rey de Judá llevaba ya treinta y seis años desterrado, el día veinte y siete del mes doce Evil Menorac, rey de Babilonia con motivo de su coronación, indultó a Jeconías, rey de Judá y lo sacó de la cárcel. Le dio un trato de favor con preferencia a otros reyes que estaban en tierras de Babilonia. Así Jeconías dejó el uniforme de presidiario y comió a la mesa real todos los días de su vida. El rey proveyó su sustento diario mientras estaba vivo”.

El siguiente texto tomado del libro de 2 Crónicas 36,22ss, comenta: El año primero de Ciro, rey de Persia en cumplimiento de la profecía de Jeremías, el Señor despertó el espíritu de Ciro, rey de Persia que publicó de palabra y por escrito para todo su reino este edicto: Así dice, Ciro, Rey de Persia: El Señor rey del cielo me ha dado todos los pueblos de la tierra y me ha encomendado construir un Templo en Jerusalén de Judá. Los que de entre ustedes pertenecen a este pueblo que vuelvan y que el Señor su Dios esté con ellos.

Como podemos observar al margen de la teología de los dos textos y de los datos teológicos de cada uno de ellos el denominador común es la esperanza. Dios se ha acordado de su pueblo. Dios ha renovado la alianza con su pueblo. Dios es fiel.

Es la esperanza el sustento que alimenta la resistencia de los pueblos. Como decía Woddy Alen: “Me interesa el futuro porque es el lugar donde voy a vivir mañana”. La las grietas del tiempo presente siempre hay esperanza porque el futuro le pertenece a Aquel que es alfa y omega de la historia.

4. Una lectura profética de la historia. Si hay una característica del pueblo de la Alianza mosaica es releer y escrutar su historia, exponer los acontecimientos vividos, recordarlos como hazañas del Señor, taladrar lo experimentado, bendecir a Dios por guiar sus pasos; pero también recapitular los anales históricos negativos como expresión del olvido del pueblo para su Dios. La historia es leída proféticamente en el sentido profundo del término bíblico: de mirar el futuro según la responsabilidad del presente advirtiendo la experiencia del pasado

Así como otras experiencias religiosas ponen más el acento en la intimidad o en la naturaleza, Israel pone más el subrayado en la historia, pero no cualquier historia sino se trata de ahondar los acontecimientos históricos como signos de los tiempos que son experimentados desde la clave de historia de la salvación.

Para Israel la historia es la urdimbre, la placenta, las entrañas donde Dios y el hombre escriben con pluma de libertad el tiempo y el espacio.

Hay una corriente de lectura de la historia bíblica, concretamente la lectura deuteronomista, que utiliza unos parámetros proféticos para leer lo que ha sucedido y lo que está aconteciendo.

El autor o escuela deuteronomista no se contenta con decir ante los eventos que se han producido: “esto ha sucedido por el fatum, por un destino ciego, por deseo de los dioses, por la fortuna o infortunio... Para el deuteronomista la situación presente, el exilio, es fruto de un pasado vivido a espaldas de Dios, por vivir con indiferencia ante el pobre, por no implicarse en su compromiso con la alianza.

Y si observamos bien, la escuela deuteronomista juega didácticamente con la lectura progresiva de los libros. Me explico. Los libros deuteronomistas (Dt, Josué, Jueces, 1-2 Samuel, 1-2 Reyes). Cada libro siguiente presenta con más evidencia que el anterior el pecado de Israel. Es decir, los jueces estarán mas leja-

no al proyecto de la Ley deuteronomista que Josué, y así sucesivamente... Dicho en frase sintética por el teólogo de estos libros: “estamos aquí” por la iniquidad de nuestro pueblo, no por otra razón. Y con esta pregunta el autor se cuestiona ¿saldremos de esta tierra a la tierra de nuestros padres?

Ahora, Israel da otro paso más, se le exige un salto de gracia y de nuevo compromiso. Todo el armazón teológico está mirando al presente y al pasado. Israel dice: vivimos en una situación crítica, pero ¿cómo se comportó Dios en otras ocasiones en las que el pueblo vivió desde una dura cerviz, y desde un corazón de piedra? Al comprobar los autores y el pueblo bíblico que Dios había actuado con misericordia pronuncia un acto fe sobre la esperanza de Israel basada no tanto en su arrepentimiento cuanto en la misericordia salvífica de Dios.

La experiencia cristiana hace lo mismo pero desde la clave cristológica. El mal, el pecado, la iniquidad (en frase paulina) no es la última palabra sino Cristo y éste resucitado.

5. En la crisis se necesitan testigos para seguir caminando en la oscuridad de la fe.

En la crisis babilonense para Israel esta experiencia es el marco existencial en el que se camina a tientas. Israel necesitaba testigos que iluminaran y acompañaran al pueblo en medio de las incertidumbres. Llama pr

Pero existe una cuestión mas grave todavía; que estaban dirigidas hacia el Templo y hacia la casa de David, y al final todo ha sido derrumbado... ¿no será también falso lo que nos dijeron de nuestros antepasados, sus palabras, sus leyes, sus pactos,...? ¿dónde queda nuestro ayer?

Israel se sitúa entre la frontera de la fe y la increencia, entre el sinsentido y el misterio. Vive en la intemperie de la experiencia religiosa.

Nuestra época también es tiempo de crisis, y por tanto de preguntas, por ejemplo: ¿ cómo lograr un diálogo fértil y fructífero entre razón y fe? ¿cómo afrontar la indiferencia religiosa? ¿dónde queda el grito de los pobres en esta sociedad del bienestar? ¿cómo plantear una pastoral en medio de la indiferencia más que en la increencia? ¿la sociedad de la información crea un ser humano informado o comunicado? ¿cuáles son las soluciones reales y eficaces ante el problema de la emigración? ¿la globalización a quién realmente ha beneficiado? ¿cómo afrontar desde una comunidad cristiana responsable el diálogo fecundo con la postmodernidad? Los nuevos movimientos parareligiosos ¿qué futuro ofrecen al hombre y a la mujer de nuestro tiempo? ¿la sociedad de la

información ha servido para que el mundo oiga con mayor nitidez el grito de los pueblos empobrecidos? ¿cuándo la Iglesia será pobre y de los pobres?

Como podemos comprobar nuestra época al igual que la del exilio de Israel tiene que afrontar cuestiones de alto nivel personal y comunitario. Como creyentes y como parte del tejido social al que pertenecemos no podemos dejar a un lado estas cuestiones como si no fueran con nosotros o fueran otros los que le toca responder.

6. Disolverse en medio de las masas.

Los Babilonios tenían una táctica para controlar a los pueblos y mantenerlos dominados. La táctica era la siguiente: cuando se conquistaba el país lo habitantes de aquella región eran deportados a otros lugares, y a estos lugares primeramente conquistados traían a su vez de otras partes; con lo cual el pueblo que quedaba en cada una de esas regiones invadidas por el Imperio no tendría identidad ninguna, no tendría cohesión, no había forma de unificar a un pueblo con riesgo a una rebelión.

Pero esto a qué lleva a que los pueblos y naciones dominadas y conquistadas se encontraran en tal caos y diversidad que las tradiciones de las que venían y la fe que portaban se diluía ante tal variedad ante tal confusión de ofertas religiosas, filosóficas y espirituales.

Israel al igual que los otros pueblos vive la misma experiencia. Israel se pregunta si lo hemos perdido todo y a otros pueblos les ha ido bien o mejor que a nosotros porque no vivir según los clichés morales de esas naciones y seguir el culto a dichos dioses. ¿Sobrevivir significa seguir los dictámenes de Babilonia o de otros pueblos?

En una época como la nuestra en la que la postmodernidad marca consciente o inconscientemente la conducta nuestra y de nuestros contemporáneos nos planteamos cómo sobrevivir sin que el pensamiento débil una vez rotos los metarrelatos haga de nosotros personas sin norte ni orientación.

Aún más nuestra comunidad cristiana se pregunta y se cuestiona: no nos iría mejor personal y eclesialmente vivir bajo los parámetros de una sociedad que ha puesto sus cimientos en un capitalismo neoliberal. O dicho con expresión del Papa Francisco: ¿no sería o seríamos más eficaces aparentemente vivir una mundanización que al final terminaría tragándonos?

Pero la comunidad cristiana sabe que está llamada a ser sal y luz en medio del mundo, levadura en medio de la masa. Y como nos presenta la tradi-

ción joánica en la oración sacerdotal: “no te Pido Padre que saques del mundo sino que nos libres del mal”.

7. Israel busca signos de identidad

La comunidad creyente israelita acompañada de los grandes teólogos que asistieron contemporáneamente a estos acontecimientos afianzaron la fe del pueblo a partir de tres elementos fundamentales:

a) en primer lugar el sábado el día en que se debía recordar la liberación de Egipto y por tanto cualquier tipo de liberación que Dios pudiera regalar;

b) en segundo lugar, a partir de las sinagogas, pequeñas escuelas de identidad bíblica, en ellas leer la Palabra de Dios entregada a sus antepasados, símbolo de una misma fe recogida por el ayer de salvación que se actualiza en el presente;

c) en tercer lugar, el signo de la circuncisión (no porque este signo no existiera antes del exilio sino porque se despliega y se le da más importancia y nueva significación en este momento). Una circuncisión como símbolo de pertenencia a la comunidad de los hijos de Abrahám, hijos de la promesa.

A mi modo de entender hay tres signos o elementos que a la comunidad cristiana puedan y dan su identidad:

a) la koinonía, la comunión nacida del amor entre los hermanos presidida por el encuentro con Cristo;

b) la diakonía, como expresión cualificada y radical de la comunión, una diakonía que tenga presente la opción por los más desfavorecidos de nuestra sociedad

c) un testimonio , una martyria realizada con mansedumbre sobre aquello que nos da sentido en la atención que, el exilio a Babilonia, siendo una de las épocas de mayor cataclismo para Israel , sin embargo es una de las épocas de mayor producción teológica que dicha nación ha tenido a lo largo de su existencia.

Es la época última del profeta Jeremías, el acompañamiento del profeta Ezequiel al destierro, el nacimiento y desarrollo de la teología sacerdotal, la culminación de la teología deuteronomista, la época del III Isaías que acompañó al pueblo en su regreso a la tierra de sus padres, la creación de múltiples salmos (como junto a los canales de Babilonia nuestros enemigos nos hacían cantar un cántico a Sión, como cantar un cántico a Sión en tierra extranjera...), la incipiente teología de los libros didácticos...

Estos testigos fueron tremendamente fecundos: ofrecieron una nueva experiencia de Dios, una nueva relación humana, una nueva concepción del pueblo y de la tierra que iban a habitar. Lograron además, levantar el paso de aquellos que ya se iban instalando en Babilonia como tierra propia sin utopías nacidas del plan de Dios. Fueron testigos que acompañaron, iluminaron y testificaron los horizontes por donde Dios desea que su pueblo camine.

Así como la historia de la Iglesia es testimonio viviente de que a tiempos de crisis le corresponde momentos de esperanza. Y lo comprobamos por ejemplo en la Edad Media con Francisco de Asís, Domingo de Guzmán; o en la época de la reforma protestante, aquella época en la que santa Teresa llamaba “tiempos recios necesitados de amigos fuertes de Dios

Así también en nuestro tiempo debemos seguir mirando, contemplando y asumiendo el testimonio de los grandes testigos de nuestra fe que nos han acompañado nuestra historia reciente. En primer lugar el Concilio Vaticano II (como esa primavera pentecostal que ayudó a renovar y reconducir el camino de la Iglesia); pero también testigos más cercanos o con características distintas a nosotros: Vicente Ferrer, M. L. King; Madelaigne Delvrel, Gandi, Juan Pablo II, Teresa de Calcuta, Nelson Mandela, las comunidades de base, la teología de la esperanza...

Amigos, amigas, con estos puntos he querido trazar un puente la experiencia de Israel en Babilonia (como hemos podido comprobar una experiencia ambivalente dolor y salvación) y nuestra Babilonia del Tercer Milenio. Creo que nuestra Babilonia puede y debe dejarse alumbrar de las antorchas bíblicas del exilio israelítico. Como hijos e hijas, herederos de la experiencia bíblica confesamos que la historia acaba en la imaginación de Dios que es mucho más profunda que nuestros supuestos planes a largo plazo.